

nada forja lazos más fuertes
que un enemigo en común

A woman with short dark hair and bangs, wearing a bright yellow coat, is looking back over her right shoulder. She is in a crowd of people, which is blurred in the background. The overall color palette is warm, dominated by yellows and oranges.

contra ataque a los 30

de la autora de *Almendra*
won-pyung sohn

WON-PYUNG SOHN
CONTRAATAQUE A LOS 30

Traducción de Álvaro Trigo Maldonado
y Hyemin Shin

1

SOY DE 1988

Cuando nací, en nuestro país vivía un tipo con la nariz grande. Era un general retirado con canas del que en muchos sentidos podría decirse que no había tenido una vida corriente. Sin embargo, por alguna razón, cuando estaba cerca de cumplir los sesenta, de repente empezó a repetir mucho la expresión «persona normal y corriente». Le gustaban tanto esas palabras que las usaba para referirse a sí mismo y añadía al final un «por favor, confiad en mí» por si acaso su actitud resultaba sospechosa. No paraba de hablar de la llegada de una era de personas normales y corrientes y sorprendentemente llegó a la presidencia con esa palabrería que, a simple vista, sonaba como una mera artimaña. Su forma de actuar después de eso también fue extraordinaria. Por ejemplo, cuando dejó el cargo, fue esposado junto al

presidente anterior y salió en los titulares de los periódicos, algo que resulta inusual para las personas normales y corrientes.

Eso es todo lo que sé de él. El resto de lo que pasó —la sangre, las protestas y las luchas que ocurrieron antes— no son más que viejas historias que no tienen nada que ver conmigo y solo he visto en fotografías y documentales. Desde entonces, el mundo ha avanzado algunos pasos hacia delante, pero da la impresión de que eso ha sido todo. La injusticia todavía campa a sus anchas y, por supuesto, la era de las personas normales y corrientes aún no ha llegado. En lugar de eso, vivimos en un mundo en el que, a pesar de que tenemos que agachar la cabeza frente a las tendencias dominantes y seguirlas, a la vez necesitamos gritar con todo el cuerpo y utilizar cualquier medio a nuestro alcance para decir que somos muy especiales y diferentes del resto y que por favor nos presten atención. Por supuesto, yo soy una de esas tantas personas que ha llegado al ocaso de su juventud precisamente en esta era.

Obviamente, yo también tuve unos comienzos únicos. Como sucede con la mayoría de los nacimientos, el mío es un recuerdo especial para alguien, del que esta persona hablará siempre. Cada vez que se mencionaba el tema de mi nombre, mi madre solía hablarme de los días calurosos de verano en los que Hodori, la mascota de los Juegos Olímpicos, estaba por todas partes y aquel niño que jugaba con su aro en la ceremonia de apertura. Los ojos del mundo estaban puestos en esas Olimpiadas que se celebraban en un país en vías de desarrollo y la

nación entera observaba con los puños apretados cómo este niño de ocho años hacía rodar su aro sobre el vasto césped del estadio sin cometer un solo error durante la ceremonia de apertura.

Las competiciones se transmitían todos los días y el vídeo del niño que había hecho rodar con éxito el aro salió un millón de veces en las pantallas. Las competiciones fueron teniendo lugar una tras otra y por las noches se escuchaban los vítores y suspiros donde vivíamos, en el barrio humilde de pequeños apartamentos de Junggye-dong.

Mi madre miraba la televisión recostada en el sofá con una mano sobre el vientre hinchado. Aunque ya era finales de septiembre, seguía haciendo calor, así que mi madre agitaba la otra mano arriba y abajo en un intento por abanicarse la cara. Tenía las cejas enarcadas porque seguía enfadada con mi padre, que no había vuelto a casa la noche anterior después de haber salido a beber, pero esa era solo una razón superficial. En realidad, sentía mucha ansiedad por el futuro nombre del bebé que crecía en su vientre.

El destino marcaba que iba a llamarme Chubong, que significa «clímax del otoño» o «cima del esplendor». Era un nombre precioso pero anticuado, ocurrencia de mi abuelo paterno, que había sido maestro confuciano en el norte antes de tener que huir durante la guerra y había elegido cuidadosamente cada carácter. Mi padre era hijo único por tercera generación consecutiva y no tenía la personalidad como para ir en contra de la voluntad de su padre, que había tenido una vida

dura como refugiado en el sur. Por eso desoía las quejas de mi madre.

Ella se pasó varios días llorando al imaginar que su futuro bebé tendría que llamarse Chubong, pero mi padre no cedió. Como mucho, la consolaba diciéndole que tenía suerte de que el bebé fuese a nacer en otoño, ya que si lo hubiera hecho en primavera podría haber terminado con el aún más anticuado nombre de Chunbong. Luego añadía que también debía dar las gracias porque él no se apellidase Go, sino Kim, así el bebé iba a llamarse Kim Chubong y no Go Chubong.¹

Mi madre se quedó perpleja ante esas palabras y enseguida rompió a llorar de nuevo mientras mi padre fingía carraspear para así no escucharla. Ella, que había nacido a principios de los sesenta y se llamaba Bae Malsuk, que era un nombre habitual pero poco sofisticado para la época, siempre había querido resarcirse poniéndole un nombre bonito a su bebé. Sin embargo, ahora tan solo podía rezar para que yo no fuese una niña.

En la tele, la final de los 100 metros lisos entre Carl Lewis y Ben Johnson estaba a punto de celebrarse. Mi madre llevaba un rato sintiendo algo inusual en el vientre, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza como para darse cuenta de que el dolor se repetía a intervalos regu-

(1) En coreano, el apellido Go unido al nombre Chubong crea la secuencia «Gochubong». «Gochu» ('guindilla') se usa de manera coloquial para referirse a los genitales masculinos. (*Todas las notas son de los traductores.*)

lares. Siguió limándose los callos de los dedos en silencio, resentida con mi padre por ese nombre con el que su bebé iba a tener que cargar toda la vida. En cuanto su suegro recibió la noticia del embarazo, calculó el mes en que nacería el bebé, dejó el nombre de Chubong y falleció poco después. De haber seguido vivo al menos podría haber tratado de negociar, pero el resentimiento hacia su suegro era enorme por haberse ido dejando esa última voluntad que parecía más bien una maldición. Por si fuera poco, se echó a llorar también de tristeza porque su marido se había largado sin decirle adónde ni a qué iba, a pesar del estado avanzado de su embarazo.

En ese momento empezaron las contracciones de verdad. Con las manos temblorosas escribió una nota muy educada para mi padre, contraria a sus verdaderos sentimientos, y utilizando un lenguaje formal que normalmente no usaba:

Me marchó al hospital. Voy a dar a luz. Venga rápido.

A mi madre le costó bastante salir a la calle y tuvo que esperar un buen rato hasta que finalmente dio con un taxi que la llevó sana y salva hasta el hospital. Justo cuando las contracciones empezaban a volverse más intensas, apareció mi padre con la cara roja de haber estado bebiendo todo el día para quitarse la resaca. A pesar de que el dolor la hacía aullar como un animal salvaje, mi madre hizo lo posible por mantener la mirada a mi padre.

—Al fi-final ganó Ben Jo-Johnson —soltó mi padre avergonzado entre tartamudeos.

En cuanto terminó de decir eso, mi madre le abofeteó por primera y última vez en su vida. En cualquier caso, el parto fue largo y complicado. No sé si es que yo no quería salir porque estaba cómoda en su vientre después de nueve meses o porque no me apetecía llamarme Chubong o porque me daba miedo el mundo al que me enfrentaría.

Mi madre aguantó las contracciones durante dos largos días hasta quedar totalmente exhausta. A pesar de que el doctor recomendó la cesárea, ella insistió con el rostro contorsionado por el dolor en que no podía dar a luz antes de resolver un asunto. El médico se quedó de piedra y dijo que nunca antes había visto a una madre tan testaruda, mientras mi padre se miraba los pies y daba pisotones con nerviosismo sin moverse del sitio. La verdad es que mi madre tenía una voluntad sobrehumana que superaba el dolor. Al final, el médico se ajustó las gafas y dijo que la vida tanto de la madre como del bebé podrían verse en peligro si continuaban sin hacer nada. En ese instante, mi madre le lanzó un ultimátum a mi padre sobre ese asunto acerca del cual le había suplicado tantas veces:

—Ni muerta voy a dejar que se llame Chubong. Quiero que lo pongas por escrito.

Con el rostro pálido, mi padre se vio momentáneamente dividido entre su padre muerto y su esposa embarazada, que corría un peligro mortal. Al final concluyó que debía salvar a la persona que estaba viva. Así que

la miró y asintió enérgicamente. En mitad de toda esa confusión, mi madre escribió un memorando con ayuda del médico.

—Si se te ocurre ir al registro civil a mis espaldas, pienso huir con el bebé, que lo sepas. Hablo en serio.

Justo antes de entrar en el quirófano de repente llegó una señal. Mi madre respiró fuerte pero brevemente, tal como había leído en un libro, y dejó escapar un grito ensordecedor: «¡Hup!». «¡Hup, hup, hup!» Y llegué al mundo en tres empujones. Era una niña. Mi madre derramó lágrimas de alivio y emoción al abrazarme fuerte, pensando que había estado a punto de llamarme Kim Chubong. De todas formas, unas pocas horas después, mientras dormía plácidamente mi primera noche en este mundo, el giro final de la victoria de mi madre adquirió una nueva dimensión simbólica: la medalla de oro de los 100 metros lisos cambió de Ben Johnson a Carl Lewis.

Después de aquella lucha entre lágrimas y sin estar todavía recuperada por completo del parto, mi madre se pasó la noche buscando en un diccionario de caracteres chinos y al final me llamé Kim Jihye, uno de los nombres más populares entre las niñas que nacimos en Corea alrededor de las Olimpiadas de 1988.

Mi nacimiento fue melodramático, pero los episodios relacionados con mi nombre a partir de ese momento no fueron tan espectaculares como la batalla entre Carl Lewis y Ben Johnson, sino más bien tristes.

Os pongo un ejemplo: cuando un profesor me llamó por mi nombre durante la ceremonia de comienzo de la

escuela primaria, otra niña contestó en mi lugar. También se llamaba Kim Jihye. Poco después, el profesor volvió a decir «Kim Jihye» y una segunda niña volvió a adelantármeme. Pasado un tiempo, supe que mi nombre aparecía en la lista de asistencia como Kim Jihye (김지혜), la tercera letra de nuestro alfabeto.

Ese tipo de cosas me ocurrieron repetidas veces durante mis años de estudiante. A medida que pasaba de curso, el único cambio que hubo fue que, en vez de usar el alfabeto coreano, nos designaron como Kim Jihye A, B y C, pero seguía habiendo un montón de chicas con el mismo nombre a mi alrededor. Durante un curso de la secundaria llegamos a coincidir hasta cinco Kim Jihye, algo que resultaba digno de ver. La Kim Jihye grande, la pálida, la morena, la gorda, etc. En vez del nombre, los adjetivos se convirtieron en el criterio para distinguirnos. De entre ellas, yo era la insípida «Kim Jihye pequeña». Y tampoco era porque yo fuera especialmente pequeña, sino porque la Kim Jihye grande era mucho más grande que yo. De todas maneras, las Jihye de todo el país crecimos junto con las Minji, Eunji, Eunjeong y Hyejin que había por todas partes y también junto a alguna de las Boram, Aerum y Seulgi que había esparcidas como si fueran condimentos en cada clase.

No resultaba difícil encontrar los mismos nombres en una nueva clase o entre los ganadores de los sorteos. Cuando miraba el reverso de alguna bolsa de patatas fritas u otra chuchería, siempre aparecía mi nombre entre los de los empleados como responsable de producción

de la fábrica y también había varias famosas que se llamaban igual que yo. A veces sentía que mi nombre era más bien un sustantivo común tipo *perro* o *gato*. En algunos momentos me apenaba la vulgaridad de mi nombre, pero al final resultó que encajaba conmigo. Hubo veces en las que me alegré de poder ocultarme en ese infinito anonimato. Es un nombre que les pega a las personas que no tenemos mucho de que presumir en la vida.

Por supuesto, también fue desesperante cuando después de numerosos fracasos en entrevistas de trabajo, me sentí especialmente desolada aquella vez en la que encontré a una Kim Jihye entre las admitidas para el Departamento de Planificación de Contenidos del Grupo DM, el mismo lugar en el que tanto había soñado con trabajar. Sin embargo, como estaba acostumbrada a resignarme, no tardé mucho en convencerme de que aquel era mi destino.

Carl Lewis dejó estas grandes palabras antes de la carrera con Ben Johnson: «No he visto nunca a nadie corriendo delante de mí».

Ben Johnson replicó: «Nunca he pensado en correr mirando la espalda de otra persona».

Sin embargo, esas palabras no se adecuaban a mí. Yo era una persona anónima en medio de un maratón con infinitos participantes. Mientras corría hasta quedarme sin aliento, mi única esperanza era no darme por vencida a media carrera y simplemente permanecía ocupada moviendo los pies entre la multitud de caminos hacia un destino que ni siquiera podía identificar.

Tenía suerte de que aquello no fuera particularmente triste, por lo que a veces podía sonreír con tranquilidad.

Así es como llegué hasta donde estoy hoy.